¿Quiénes se salvan?

JUAN FRANCISCO NOTHOMB
de los Hermanitos del Evangelio
Santa María de Erebato (Edo. Bolívar)

No considero que leer de vez en cuando una vida de santo sea perder el tiempo, pues al contacto con estas almas ardientes, dóciles a la voluntad de Dios, volvemos a descubrir nuevamente el gran misterio de la acción de la gracia todopoderosa y de la libertad del hombre, misterio que vive en el corazón de cada uno de nosotros. La lectura de la correspondencia de San Francisco Javier tiene la ventaja sobre otras biografías mejor escritas de hacernos penetrar en el interior del alma del santo. Esta abundante correspondencia no es solamente un documento histórico importante, sino también el reflejo de toda una vida totalmente sometida al mandato del Espíritu Santo: se descubre en ella un admirable religioso, preocupado por un sentimiento de estricta obediencia al mismo tiempo que su constante responsabilidad como superior; se descubre también a uno de los más grandes apóstoles de todos los tiempos, dotado de los carismas más evidentes, que, sin embargo, no menospreció la humilde labor de enviado de Dios para anunciar la Buena Nueva a los paganos del Extremo Oriente (1).

La lectura de esta correspondencia me parece indispensable para todo misionero que quiera reavivar en sí mismo el fuego del amor divino por los hombres y la sed de anunciar la palabra de Dios.

Existe también una enseñanza de gran valor en la manera en que San Francisco Javier predicaba el Evangelio, en su sentido de la formación intelectual de los catecúmenos y en el respeto por su actitud.

Está bien claro entonces que es allí donde reside la primera enseñanza de su correspondencia. Hay, por lo demás, otro aspecto de esta correspondencia que llama la atención en el espíritu del apóstol de 1965 que tiene la oportunidad de leerla. En la lectura de ciertos pasajes de las cartas del santo, el cristiano, y el hombre de hoy día también, no puede menos de sentirse impresionado al comprobar hasta qué punto cada hombre, cada santo, permanece adherido a las ideas más comunes de su época. Ciertas frases de San Francisco Javier, concernientes a la imposibilidad de la salvación de los infieles (entiéndase por infieles, en su sentido más estricto, "aquellos que no creen en Jesucristo"), tienen el sello no solamente de ciertas ideas de carácter teológico en general, sino de la opinión popular de su época, en lo que se refiere a los individuos y pueblos que escaparon a la influencia de la cultura mediterránea, a quienes se veía como "bárbaros" que había que civilizar y convertir no solamente a la verdadera religión, sino a una cierta cultura, ciertas costumbres y, en fin, a una cierta manera de concebir la existencia. Pienso sobre todo en un pasaje muy preciso de las cartas escritas durante el primer viaje al Japón, en las cuales el santo considera totalmente imposible la salvación de los que no han recibido el bautismo (2).

Antes de continuar es importante precisar que no quiero insinuar que al desarrollo de ciertas tesis teológicas corresponde auomáticamente un aumento de la santidad. Cuando hablamos del pasado corremos siempre el peligro de querer formular siempre un juicio de valor sobre éste, a la luz del progreso y de los patronos actuales. Olvidamos demasiado pronto en estos juicios que la Iglesia es un cuerpo vivo que desarrolla el contenido de su dogma, dado una vez por todas, bajo la dirección del Espíritu Santo, y que es guiada progresivamente por Éste hacia la toma de conciencia cada vez más completa de la verdad, verdad que el contenido de la Revelación trae consigo. Por esto encontramos hoy ciertos espíritus modernos que desde un punto netamente humano hablan fácilmente de "obscurantismo de la Edad Media", olvidando que en esta época las ideas contemporáneas en este momento eran las más avanzadas. Creo que podemos añadir que la Providencia, en todas las épocas de la historia, se sirve de todos los elementos que pueden serle útiles, aun de una cierta lentitud en el desarrollo de la inteligencia humana, lentitud que la santidad termina por trascender en forma absoluta para hacer

(1) Es significativo que la Iglesia haya escogido a Santa Teresa del Niño Jesús, una religiosa contemplativa, como patrona principal de las misiones, mientras que San Francisco Javier no es sino patrón secundario. No es que la Iglesia quiera significar que Santa Teresa del Niño Jesús haya tenido una santidad mayor que la de San Francisco Javier, esto es secreto de Dios y de los bienaventurados, y no pertenece a la Iglesia peregrinante investigar este secreto. En este caso concreto, la Iglesia, "mater et magistra", quiere recordarnos que cualquiera que sea nuestra vocación dentro de la Iglesia, laico o religioso, activo o contemplativo, etc., el alma de todo apostolado es la unión con Dios en la caridad, y el efecto real del apostolado es fruto exclusivamente de la intensidad de esa unión.

(2) "El Ladrón murió aquí en Cangoxima; fuenos bueno en todo el viaje, y nosotros no pudimos serle buenos, pues murió en su infidelidad; ni después de muerto le pudimos ser buenos, encomendándolo a Dios, por estar su alma en el infierno." (Carta Nº 94, dirigida a Don Pedro da Silva, en Malaca, desde Kagashima, el 5-11-1549. Edic. B.A.C., Madrid.)

avanzar el Reino de Dios. Santidad e inteligencia son dos cosas de orden diferente, aun cuando sea necesario afirmar en forma rotunda que, normalmente, santidad e inteligencia deben ir unidas. Por ello, un santo en posesión de un bagaje teológico rudimentario hará en definitiva más por el establecimiento del Reino de Dios que el más grande teólogo cuya caridad sea tibia.

Así, según las ideas comunes de la época de San Francisco Javier (si bien Santo Tomás de Aquino, dos siglos antes, había fundado sólidamente los principios de la solución teológica de la salvación de aquellos que no conocen a Jesucristo), para que un hombre se salvase era necesario que hubiera recibido el bautismo de agua o el bautismo de sangre. La cuestión del bautismo de deseo no era puesta en duda, evidentemente, pero lo que sí se ponía en duda era que el bautismo de deseo pudiese existir sin la predicación efectiva de la palabra de Dios. Se comprende en esta perspectiva la ansiedad de San Francisco Javier, impulsada por su ardiente caridad, de bautizar la mayor cantidad posible de hombres para asegurarles la única vía de salvación. Lo que indudablemente es admirable en el caso de San Francisco es que, al lado de todo esto, a pesar de la inmensidad de la tarea, tuvo una gran preocupación no sólo por impartir el bautismo, sino por enseñar las verdades fundamentales del cristianismo.

Es en este punto donde se manifiesta más evidentemente, por otra parte, los dones carismáticos del santo, que se veía obligado a hablar a aquellos que evangelizaba, a través de intérpretes e intermediarios más o menos fieles.

El desarrollo del pensamiento teológico en lo que se refiere a la salvación de los infieles ha sido objeto recientemente de una formulación cada vez más precisa y la doctrina desarrollada por numerosos teólogos privados —especialmente bajo la influencia de Jacques Maritain y del cardenal Journet— ha sido adoptada por el Magisterio de la Iglesia, lo cual podemos comprobar no solamente en una carta poco conocida del Santo Oficio al arzobispo de Boston hace ya 15 años, sino también en la Constitución dogmática sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II (3). De acuerdo con esto, nadie hoy día puede afirmar, como decía San Francisco Javier, que es inútil rezar por los paganos muertos, porque no se puede hacer nada por ellos (aseveración que desolaba a los primeros cristianos japoneses) (4).

Sin embargo, podemos comprobar que, a pesar de lo anteriormente expuesto, existe todavía un fenómeno en sentido inverso, pues aunque **en principio** todo el mundo admite la enseñanza de que Dios quiere salvar a todos los hombres, aun a aquellos que, debido a un error invencible de su parte o a acontecimientos independientes de su voluntad, no conocen expresamente el misterio de Dios Trinidad, pero, sin saberlo, y bajo el impulso secreto de la gracia actuante en todas partes, por un acto libre eligen hacer el bien únicamente porque es el bien, puede decirse que, **en la práctica**, existe una tendencia misionera de conducirse como si sólo **el bautismo de agua** fuese condición **sine-qua-non** de la salvación.

No podemos medir todavía la amplitud del movimiento de renovación que ha sido iniciado por el Concilio, pero es seguro que el "aggiornamiento" deseado por Juan XXIII concierne también —y me atrevo a afirmar, sobre todo— al mundo misional (no olvidemos que toda la Iglesia es misionera siempre y en todas partes, no solamente dando vida por medio del bautismo, sino también educando por medio de la enseñanza a aquellos que están bautizados). Hay que tener un concepto claro del sentido de la misión: es evidente que el problema misionero no se plantea de igual manera en territorios que han sido paganos toda la vida y en territorios donde el paganismo práctico es cada vez más dominante (ya sea que los bautismos sean todavía numerosos o que hayan disminuido); en este último caso se trata de un paganismo de regresión en relación a la verdad ya recibida (podemos llamar ésta paganismo o semi-paganismo: materialismo, descristianización, marxismo, etc.), en tanto que en los primeros se trata de un paganismo por ausencia de conocimiento de la Verdad Revelada; lo cual no impide que "mutatis mutandis" podamos encontrar en los dos casos los mismos problemas planteados, aunque con diferentes matices (¿y quién podrá negar que este estado de semi-paganismo por regresión no concierne a nuestro continente suramericano a pesar de la casi totalidad del bautismo en la Iglesia Católica?) (5).

Me parece que el texto siguiente, poco conocido del público, que está tomado de un proyecto de esquema sobre las misiones con vistas al Concilio preparado por los obispos del Congo (Leopoldville) es verdaderamente revelador. He aquí el texto:

"...la tentación de las misiones ha sido y será siempre sacramentalizar e institucionalizar antes de haber evangelizado. El cristianismo en este caso viene a ser una vestimenta que corre el riesgo de encubrir muchas supersticiones, falsas creencias y una pseudomoral. Lo esencial, como lo ordenó Nuestro Señor a los Apóstoles, es la Palabra que conduce a la fe, la cual, a su vez, nos lleva al sacramento del Bautismo. La Iglesia no es una sociedad cualquiera y la entrada a ella no puede ser entonces un enrolamiento como cualquier otro. El bautismo es el sello de la fe recibida...".

---

(3) "Este mismo Dios tampoco está lejos de otros que entre sombras e imágenes buscan al Dios desconocido, puesto que les da a todos la vida, la inspiración y todas las cosas, y el Salvador quiere que todos los hombres se salven. Pues los que inculpablemente desconocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, y buscan con sinceridad a Dios, y se esfuerzan bajo el influjo de la gracia en cumplir con las obras de su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, pueden conseguir la salvación eterna. La divina Providencia no niega los auxilios necesarios para la salvación a los que sin culpa por su parte no llegaron todavía a un claro conocimiento de Dios y, sin embargo, se esfuerzan, ayudados por la gracia divina, en conseguir una vida recta. La Iglesia parecía todo lo bueno y verdadero que entre ellos se da, como preparación evangélica, y dado por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan la vida." (Constitución dogmática sobre la Iglesia, Concilio Vaticano II, cap. 2, 16.)

(4) Carta Nº 96, a sus compañeros de Europa, desde Cochin, 29 enero 1552.

(5) Extracto del discurso de Mgr. Henríquez, obispo auxiliar de Caracas, en la asamblea de la AVEC, 1964: "...ante todo debemos partir de ciertos hechos muy concretos y muy graves: 1) casi el 50% de la población venezolana está en edad escolar... más o menos tres millones de venezolanos, hijos de Dios y de la Iglesia por el bautismo; 2) de hecho, el 90,5% de esos niños y jóvenes apenas si reciben (cuando lo reciben) un somerísimo y totalmente insuficiente conocimiento de las verdades fundamentales del cristianismo. Las nuevas generaciones se van levantando prácticamente al margen de la fe."

Aunque no tiene ningún valor oficial, este texto, salido de un episcopado que posee una gran experiencia en las misiones, amerita reflexión. No existe aquí pretensión alguna de querer exponer nuevamene toda la doctrina de los sacramentos, como tampoco poner en duda las enseñanzas de la Iglesia concernientes al problema planteado por la Iglesia Reformada de Europa con respecto a "L'Institution et l'Èvènement" (6). La incorporación a la Iglesia como sociedad terrena se hace normalmente a través del bautismo de agua, signo palpable y sello de la fe que nos marca con carácter indeleble y que es fuente eficaz de la gracia y, por tanto, medio necesario de salvación. En este sentido, cualquier otro bautismo, sea de deseo (el de todo verdadero catecúmeno), sea de sangre, no puede ser válido y, por tanto, dar gracia si no lleva en sí mismo el deseo, aunque no se haya formulado abiertamente, del bautismo de agua. La Iglesia tiene que poseer necesariamente un elemento visible, social, "institucional", que, aunque secundario, es indispensable y está al servicio del elemento invisible que es la gracia, "èvènement" que da la vida. Por tanto, todo catecúmeno que se dirige hacia el ingreso visible en la Iglesia o todo pagano que bajo el impulso secreto de la gracia se vuelve, sin saberlo, hacia Dios, está ya justificado por la gracia antes de haber recibido el bautismo de agua (7).

No se trata de poner en duda ni un solo instante la doctrina de los sacramentos que actúan "ex opere operato". Pero ¿no es esta doctrina frecuentemente mal entendida en la práctica? Se la presenta la mayoría de las veces de una manera unilateral (de donde proviene la acusación de magia que nos hacen nuestros hermanos separados por el movimiento de la Reforma) y es frecuentemente interpretada como una especie de automatismo. No olvidemos que para que un sacramento pueda actuar "ex opere operato" es necesario que el que lo recibe no ponga obstáculos. Por tanto, un sacramento debe ser recibido por un corazón que se arrepiente de las faltas pasadas y que se ha vuelto ya hacia una nueva vida. En este sentido se precisa enfáticamente que el bautismo no es una meta, sino un punto de partida hacia una nueva dirección. El cristiano, como dice San Pablo, es una criatura nueva en Jesucristo, sumergida junto con Él en la muerte para resucitar con Él a la vida eterna. Se requiere, por lo tanto, una fase preparatoria para que la recepción de los sacramentos sea fructífera. Y con esto no quiero referirme solamente al tiempo necesario para la predicación inmediata al bautismo, sino a esa fase en la cual, por respeto al sacramento que se va a administrar y por respeto también a los hombres llamados a la filiación divina, existe toda una educación previa, moral y teológica, **al nivel de la vida concreta, diaria**, y no solamente al nivel de la enseñanza de los principios. Esta fase puede ser más o menos larga según el lugar, las circunstancias y los hombres. Y es ya portadora de gracia y fuente de justificación, puesto que está orientada normalmente hacia el recibimiento del bautismo y la entrada en la Iglesia.

Una espera más o menos larga para recibir el bautismo no significa en absoluto desprecio o desconocimiento de todos los beneficios que trae consigo el pertenecer a la Iglesia. El hombre no está hecho para vivir en lo provisorio y las situaciones transitorias traen consigo graves peligros. Los justos que viven fuera de la Iglesia poseen ciertamente la gracia que justifica y viven, por tanto, en la amistad divina, pero esta vida de gracia no se beneficia del ambiente que es su medio normal de expansión.

La tendencia de considerar de una manera mecánica la acción "ex opere operato" de los sacramentos trae consigo el peligro de hacer caer al apóstol en un estado de pereza, llegando a considerar el bautismo como un absoluto o una especie de punto final. Esto sucede tanto más cuanto que satisface la necesidad que tiene todo hombre, sea sacerdote o misionero, de apreciar los resultados efectivos, visibles, de su labor, resultados que pueden ser llevados a datos estadísticos; en tanto que el trabajo invisible de Dios en las almas, que por otra parte es a menudo el fruto del trabajo preparatorio del misionero, resulta imposible de evaluar.

No podemos dejar de sorprendernos al comprobar cuán numerosos son los cristianos practicantes, aun fervientes, que reciben los sacramentos regularmente, y que, sin embargo, con toda su vida dan un falso testimonio del Evangelio. Estos cristianos dan la impresión de que en ellos las virtudes evangélicas básicas están completamente ausentes y que esta falta impide al don de la gracia recibido en el bautismo alcanzar su amplitud normal. Y cuántos otros cristianos practicantes encontramos, en los cuales el cristianismo no tiene en realidad ninguna influencia sobre el comportamiento de su vida diaria, al extremo de llegar a creer que en ellos hay dos personas: el cristiano que va a misa el domingo y el hombre que es padre de familia, que ejerce una profesión, etc.

Es cierto que se exige del apóstol de hoy un trabajo que es casi sobrehumano, dada la inmensidad de la tarea. Además, el mundo moderno exige mucho más de lo que exigía el mundo que evangelizaba San Francisco Javier. El desarrollo de la cultura —aun cuando sea de una manera superficial en las masas—, los medios de propaganda y todo este bullir intelectual de nuestra época exigen de los cristianos formados que conocen su doctrina, que su fe, don gratuito de Dios, indudablemente, pero que se enraíza en la inteligencia, sea sostenida no solamente por una oración ferviente y por un contacto con la Palabra de Dios y los Sacramentos de la fe, sino también por una cultura religiosa que esté al menos a igual nivel que su cultura humana. La influencia del mundo moderno alcanza a todos los rincones del mundo. Los paganos que bautizamos en las tierras de misión estarán cada vez más en contacto con el mundo moderno, no solamente con sus cualidades, sino, sobre todo, con sus vicios y su materialismo invasor. Debemos preparar a los nuevos cristianos a afrontar este contacto, que amenaza con destruir no solamente su fe todavía rudimentaria, sino toda su personalidad. No podemos contentarnos con la fe del carbonero, aun tratándose de pueblos primitivos.

---

(6) Título de un libro muy conocido publicado hace 20 años por el Dr. Nygren, obispo luterano sueco, titulado "L'Institution et l'Èvènement".

(7) "Los catecúmenos que, por moción del Espíritu Santo, solicitan con voluntad expresa ser incorporados a la Iglesia se unen a ella por este mismo deseo; y la madre Iglesia los abraza ya amorosa y solícita como a hijos." (Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia, cap. 2, 4.)